

Marta está viendo su serie favorita.

Antes tenía novio y vivían juntos, pero un buen día le había dicho que iba a comprar tabaco y no había vuelto a verle nunca más.

Parece una broma, pero no lo es, y menos para ella.

Si ya antes vivía angustiada, según su psiquiatra por falta de seguridad en sí misma, a partir de ese día muchísimo más.

Ya había pasado un año y dos meses desde entonces.

Para saber algo de él, accedía a su cuenta corriente.

Trabajaba de cajera en un banco, a pesar de haber estudiado antropología.

Poco había aprendido durante la carrera, la verdad.

Recordaba algunas obras clásicas que había leído, pero sería incapaz de explicar su contenido.

Sabía simplemente que trataban de otras culturas, las cuales pensaba que jamás llegaría a conocer.

Lo cierto es que no se imaginaba en una isla del Pacífico, ni en Sudamérica, y menos aún en África.

Precisamente su hermano, especialista en economía africana, había vivido en Senegal.

Ahora trabajaba en Londres, se había convertido al Islam y casado con una tunecina.

Para ella ese mundo era demasiado complejo.

Una vez había estado a punto de encaminarse por la árida senda de la investigación, pero un accidente se lo impidió.

Bajaba por las escaleras de la facultad de Somosaguas, resbaló, y se rompió una pierna.

Aquello le había parecido una metáfora, no en vano le apasionaba la hermenéutica.

Justo antes de la caída iba pensando en ampliar sus horizontes, viajar a diversos continentes y conocer verdaderamente el mundo con mayúsculas.

Pero cuando se encontró en el fondo de las escaleras y sin poder caminar, presintió que nunca se movería de Madrid mas que en vacaciones.

Y así fue.

Ella, que había sido siempre la aventurera, comenzó a pasar la mayor parte de su tiempo libre en casa junto a su madre.

Sin embargo, su hermano, el empollón, aún estudiando Económicas, empezó a pedir becas para irse a países lejanos, y no regresó nunca más al hogar.

En su lugar dejó a una senegalesa que se encargaba de todo en la casa de sus padres de Torreldones y en la suya del barrio de Salamanca.

Eso, el que una persona pudiera sentirse tan afortunada simplemente por encontrarse en Europa, la consolaba.

En el fondo aquí no se vive nada mal, pensaba mientras comía cacahuetes salados despatarrada en el sofá.

Tenía amigas sofisticadas, una incluso había hecho la carrera diplomática, aunque estaba enganchada a la cocaína como su ex.

En realidad ella siempre había sospechado lo de su novio, porque su amiga nunca se lo había ocultado, como hacía él, que se gastaba en supuestos negocios miles de euros que salían de una de las múltiples cuentas corrientes de sus padres.

Ellos querían que su hija viviera a lo grande y que su pareja también.

El dinero lo habían heredado de su abuelo falangista que después de la guerra había conseguido un buen puesto en el gobierno.

Su vida le parecía de lo más normal y aburrido, por eso para divertirse necesitaba ver casi a diario Sexo en Nueva York, y eso es lo que está haciendo.